

MASCULINIDADES: APORTES DE BOURDIEU Y SEGATO AL PSICOANÁLISIS PARA CONSIDERAR LAS CONSECUENCIAS, EN VARONES ADULTOS, DEL ABUSO INFANTIL.

Agustina Saubidet y Azaretto, Clara.

Cita:

Agustina Saubidet y Azaretto, Clara (04). *MASCULINIDADES: APORTES DE BOURDIEU Y SEGATO AL PSICOANÁLISIS PARA CONSIDERAR LAS CONSECUENCIAS, EN VARONES ADULTOS, DEL ABUSO INFANTIL.* *Anuario de Investigaciones Facultad de Psicología UBA, XXXI, 111-122.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustina.saubidet/100>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pZm3/xmo>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MASCULINIDADES: APORTES DE BOURDIEU Y SEGATO AL PSICOANÁLISIS PARA CONSIDERAR LAS CONSECUENCIAS, EN VARONES ADULTOS, DEL ABUSO INFANTIL

MASCULINITIES: CONTRIBUTIONS FROM BOURDIEU AND SEGATO TO PSYCHOANALYSIS TO CONSIDER THE CONSEQUENCES IN ADULT MEN OF CHILD ABUSE

Saubidet, Agustina; Azaretto, Clara ¹

RESUMEN

Este escrito forma parte del trabajo de investigación de Agustina Saubidet cuya directora de beca y de doctorado ha sido Clara Azaretto. Parte de este recorrido abarca los UBACyT (2018-2022 y 2023- actualidad) dirigidos por Clara Azaretto y co-dirigido por Cecilia Ros, donde se aborda el enlace entre psicoanálisis y lo social.

En esta oportunidad, se presentarán los conceptos de: *violencia simbólica* de Bourdieu y *mandato de masculinidad* de Segato, para pensar las diferentes formas de abuso que padecen las masculinidades y las particularidades sintomáticas que por esto pueden encontrarse. Sin dudas, el *estrago paterno* será un concepto clave de lectura.

Junto a los estudios sobre masculinidades, enlazados al estudio de las gramáticas capitalistas y sus discursos, podremos identificar el complejo entramado de poder que rodea al abuso sexual, y comprender otros aspectos de su silenciamiento.

Incorporar estos conceptos al campo del psicoanálisis, no solo profundiza su lectura, sino que amplía las posibilidades de intervención y sus estrategias de abordaje.

Palabras clave:

Masculinidades, Abuso sexual infantil, Estrago paterno, Mandato de masculinidad, Violencia simbólica.

ABSTRACT

This writing is part of the research work of Agustina Saubidet whose scholarship and doctoral director has been Clara Azaretto. Part of this journey covers the UBACyT (2018-2022 and 2023-present) directed by Clara Azaretto and co-directed by Cecilia Ros, where the link between psychoanalysis and the social is addressed.

On this occasion, the concepts of: Bourdieu's symbolic violence and Segato's mandate of masculinity will be presented, to think about the different forms of abuse that masculinities suffer and the symptomatic particularities that can be found as a result. Without a doubt, paternal ravage will be a key concept to read.

Together with studies on masculinities, linked to the study of capitalist grammars and their discourses, we will be able to identify the complex network of power that surrounds sexual abuse, and understand other aspects of its silencing. Incorporating these concepts into the field of psychoanalysis not only deepens its interpretation, but also expands the possibilities of intervention and its approach strategies.

Keywords:

Masculinities, Child sexual abuse, Paternal ravage, Mandate of masculinity, Symbolic violence.

¹Universidad de Buenos Aires (UBA), Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones. Email asaubidetbourel@gmail.com

INTRODUCCIÓN

“Nunca se insistirá bastante sobre la importancia del traumatismo y en particular del traumatismo sexual como factor patógeno. Incluso los niños de familias honorables de tradición puritana son víctimas de violencias y de violaciones mucho más a menudo de lo que se cree.”

Ferenczi, 1932.

Según la OMS, 1 de cada 5 mujeres ha sido abusada sexualmente durante su infancia, mientras que en los hombres esto ocurre en 1 de cada 9. En Argentina no existen datos oficiales, aunque se estima que el número no dista demasiado de esta estadística mundial (UNICEF, 2016). En la mayoría de los casos, lo ocurrido permanece oculto.

Tomando los datos aportados por el Programa “Las víctimas contra las violencias” dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, UNICEF presentó un informe (2020-2021) donde se indica que del total de niñas, niños y adolescentes víctimas de violencia sexual (3.219 casos), en el 74,2% de los casos, los/as agresores/as provienen del entorno cercano de la víctima (56,5% familiares y 17,7% conocidos no familiares), de los cuales el 81% son de los agresores varones. La familia es el principal ámbito donde se da la violencia sexual. El 55% de los abusos suceden en la propia casa o en la de los abuelos, y solo el 16% de los chicos y chicas pide ayuda. Aquellos que callan sienten vergüenza, tienen miedo a ser señalados o a sufrir represalias de sus agresores.

Se estima que, de cada 1.000 abusos cometidos, 100 se denuncian y solo uno se condena. Las penas se aplican, generalmente, cuando el agresor es de bajos recursos económicos. La mayoría de los casos que suceden en la clase media y alta permanecen en la impunidad y ni siquiera llegan a denunciarse (Rozanski, 2003).

¿Pero esto es nuevo? Ya en la época de Freud, en el París de Charcot, entre 1858 y 1869 se verificaron 11.576 casos de personas acusadas de violación; las víctimas en su mayoría eran mujeres menores de 16 años, incluso de hasta 4 y 5 años (Giberti, 2014). Es verdad que “las mujeres” significadas culturalmente como futuras gestantes, son más abusadas sexualmente que los varones. Casi todas lo silencian. ¿El pacto de silencio opera igual en los varones? ¿tendrán los mismos síntomas o existirá alguna particularización? (Saubidet, 2020)

A partir de los aportes de Pierre Bourdieu y de la antropóloga argentina Rita Segato, el siguiente trabajo intenta resolver estas preguntas, ampliando su significación y sus sentidos.

VIOLENCIA SIMBÓLICA, UN PUENTE HACIA ...

“cuando un hombre está investido de poder, le resulta difícil no abusar de él” Freud, 1937, p. 3362

Cuando se investigan los entrecruzamientos entre violencia de género, feminismos y psicoanálisis, uno de los principales conceptos al que se hace referencia es el de

violencia simbólica, término acuñado por Pierre Bourdieu (1998). La violencia simbólica no se trata de una violencia puramente espiritual, sin efectos reales. Se trata más bien de estructuras de dominación siempre históricas y encarnadas, tanto en los cuerpos singulares como en las instituciones (familia, iglesia, escuela, Estado).

... la violencia simbólica, violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento. (Bourdieu, 1998, p. 12)

Los dominados aplican a las relaciones de dominación las categorías construidas desde el punto de vista de los dominadores, haciéndolas aparecer como naturales, lo que lleva a situaciones de autodenigración sistemáticas.

La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural; o, en otras palabras, cuando los esquemas que pone en práctica para percibirse y apreciarse, o para percibir y apreciar a los dominadores (alto/bajo, masculino/femenino, blanco/negro, etc.), son el producto de la asimilación de las clasificaciones, de ese modo naturalizadas, de las que su ser social es el producto. (Bourdieu, 1998, p. 51)

Es completamente ilusorio creer que la violencia simbólica puede vencerse exclusivamente con las armas de la conciencia y de la voluntad; la verdad es que los efectos y las condiciones de su eficacia están duraderamente inscritos en lo más íntimo de los cuerpos bajo forma de disposiciones. Esto se ve de manera especial en el caso de las relaciones de parentesco y de todas las relaciones concebidas de acuerdo con ese modelo.

Las formas de dominación fundamentales –étnica, cultural, de los blancos sobre los negros, de los varones sobre las mujeres– son difíciles de comprender porque son dominaciones que se ejercen dos veces: 1) a través de *presiones objetivas*, por ejemplo, la forma en que se dividen ciertos espacios públicos, espacios sagrados, espacios de trabajo, espacios de intercambios, donde la mujer no puede entrar. Implican lugares separados, profesiones, etc.; 2) a través de *formas subjetivas*. Estas diferencias objetivas devienen el principio de división, el principio de visión del mundo, en este sentido, subjetivo. Por lo tanto, se crean diferentes formas de percibir las situaciones. No es lo mismo la meritocracia en un contexto donde se ha ido a colegio bilingüe que en el caso de quien apenas pudo cursar hasta séptimo grado en una escuela pública del conurbano bonaerense, o en un pueblito del interior de Jujuy o Chaco. De igual modo, los valores sociales impregnan también los

gustos, que, más allá de la singularidad, llevan consigo la marca de cierto estatus social.

En las culturas occidentales, más ligadas al pensamiento judeocristiano, el espacio privado, íntimo, de interioridad, de naturaleza, de la psicología, se ligó a las mujeres; y el ámbito público, la palabra con otros, la política, la palabra masculina, quedó ligado a los hombres. Lo que explica por qué, si bien las mujeres han entrado en el mercado laboral, son pocas la que ocupan cargos jerárquicos y sus trabajos, en general, se relacionan con las tareas de representación y de cuidados: recepcionista, secretaria, enfermera, médica, psicóloga.

Esta concordancia entre los pares opuestos objetivos y los principios de división subjetivos hace que parezcan naturales cosas que deberían sorprendernos. A esto el autor lo llamó *habitus*, sistema de categorías, de percepción, de pensamiento, acciones y apreciaciones que produce que dos personas vean una misma situación de manera distinta, pues se trata de dos realidades diferentes, construidas de diferentes formas. Los *habitus* son el producto de la incorporación, la somatización, de la estructura objetiva.

Existe una diferencia objetiva entre varones y niñas, que establece entre ellos una relación de dominación, y las niñas colaboran, no conscientemente, a través de su cuerpo, aspecto que destaca Bourdieu por polémico. De esta forma, la mujer se produce ella misma como bien simbólico y se vuelve presa en el juego de la dominación (Bourdieu, 1991).

En el intercambio simbólico, como en el matrimonio, las mujeres ocupan el lugar de objeto y no de sujeto del intercambio; y esto es cultural (Saubidet, 2018, 2019a, 2019b, 2019c, 2020, 2021). Las mujeres son instrumentos de constitución de alianzas, prestigios, portadoras de la condición social de los hombres. “Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer”, y en algunos casos, mientras más bella sea, en términos sociales, más valor adquiere el hombre, pues poseer una mujer bella le otorga al varón mayor poder social. Claro está, hay excepciones a esto; pero también es claro que estos factores influyen en las alianzas y, en muchos casos, las determinan (Lévi-Strauss, 1949). ¿Cuántos varones homosexuales, durante años, han tenido vidas *heterosexuales cis*, a partir de esta idea de la “virilidad” social adquirida a través de casarse con ciertas mujeres?

Para Bourdieu, la dominación masculina es la forma por excelencia de la *violencia simbólica* que se ejerce con la complicidad inconsciente de quien la sufre. Punto delicado, pues puede culparse a la víctima. Aquí es importante hacer una diferencia entre la revictimización de alguien y la posibilidad de pensar las condiciones de producción del desamparo y de la desigualdad, las condiciones de vulnerabilidad de la infancia, que sin dudas estructuran su fantasma, tema clave para pensar el incesto. Por lo tanto, esta complicidad inconsciente de quien sufre violencia simbólica no debe ser entendida como algo moral. Es el cuerpo el que colabora con las estructuras de las cuales es producto. De todas maneras, entre la víctima y el victimario se trata de responsabilidades distintas, diferenciadas, y esto no hay que perderlo de vista (Bourdieu, 1991).

La dominación simbólica se trata de estructuras, tanto men-

tales como de percepción, incorporadas en los pliegues del cuerpo. A la vez, esto explica también cómo los varones son dominados por su dominación. Por ejemplo, “dejar la vida por la patria”. Este axioma ha operado y opera como ideal hasta volverse prueba de masculinidad, pues la masculinidad es un título que hay que ganarse. En este sentido, la *violencia simbólica* es un fundamento potente del orden social y opera a nivel inconsciente (Bourdieu, 1991).

¿Por qué últimamente ha resurgido el interés por el concepto de *violencia simbólica* de Bourdieu? La respuesta es muy simple: la igualdad de derechos no trajo más igualdad, sino más resentimiento. Se endureció la estructura patriarcal de manera reactiva, por eso aumentaron los discursos religiosos patriarcales, el machismo se volvió más virulento, malos tratos y asesinatos de mujeres, prostitución forzada: el núcleo duro del poder sigue en manos de hombres, como siempre (Sendón de León, 2002). Muchas ramas del feminismo se han concentrado en combatir el machismo, pero el machismo no es más que el síntoma de una enfermedad profunda, de una enfermedad estructural y sistemática que se llama patriarcado y del cual los varones también padecen, a partir del concepto de *mandato de masculinidad*, como sostiene Segato.

Hay que afinar muchísimo el oído para conseguir detectar y desentrañar la dominación simbólica. Esto puede hacerse solo contrastando con otro orden simbólico que podría hacer salir a la luz todo lo que existe de dominación en nuestras conductas, sueños, vidas y formas de deseo, secretos, mentiras. Este nuevo proceso simbólico pasa por el proceso de autosignificarse, sin dudas cercano a lo que se entiende por transvaloración en términos de Nietzsche; erigir un sistema de valores capaz de ir más allá de las categorías morales y discursivas, binarias y jerárquicas, de una época. Su valor está dado por el modo singular en que se hacen las cosas, lo que implica dar cuenta de otros modos de vivir, de hablar, de amar, de relacionarse, de trabajar, de ejercer el poder, y con esto se sale de la serie del más de lo mismo, pudiendo adquirir sentido diferente, aunque lo difícil es hacerlo significativo. Tan difícil como “hacer visible lo invisible”.

El sujeto universal que parece representar al género humano no es neutro, corresponde al sujeto del mundo masculino. Este sujeto universal no refleja la realidad en su totalidad, sino que corresponde a una realidad parcial, aquella masculina. De igual modo, se vuelve esencial entender que una mujer blanca burguesa no sufre las mismas discriminaciones que una mujer gitana o una mujer negra o “aborigen” de clase más popular, las llamadas marrones. Lo genérico pretendidamente neutral engendra patrones identitarios que justamente se oponen a la producción de diferencias; más bien, toda diferencia allí queda anulada. En relación con el poder, en una sociedad estructurada por la dominación, la palabra poder significa dominio, un dominio que ha permitido transformar las diferencias en desigualdades. Existen al menos otras tres formas de poder que Sendón de León señala: una, ligada al *mandar*; otra, ligada a *hacer* y otra, ligada al *ser*. El primero remite al dominio, el segundo a la administración de recursos y el tercero a la idea de elegir el modo de estar en el mundo.

Esta idea de poder ligado al dominio implica asimismo un uso y abuso de los privilegios dados por la desigualdad que instaura. Un ejemplo de esto lo encontramos en aquellos padres abusadores que sienten que tienen derecho a gozar sexualmente de sus hijos por considerarlos como objeto de su propiedad (Saubidet, 2020; Toporosi, 2018).

Lo que han venido haciendo los hombres, bajo este modo masculino de lo político, reivindica el accionar público y desprestigia, menosprecia y desvaloriza el accionar privado, casualmente aquellas funciones realizadas por las mujeres, pues les resulta insignificante. Nos referimos al cuidado de las personas, del bienestar físico y anímico de individuos concretos, que en definitiva es lo que garantiza el mantenimiento del sistema, tal como lo señala Federici (2018). En definitiva, lo privado merece el mismo respeto que lo público, así como lo público no puede ejercerse sobre el desprecio de lo privado. Lo privado no entendido como propiedad privada, forma de propiedad que propone el capitalismo, sino de lo privado como la atención y el cuidado por parte de los otros de los poderes públicos.

SOBRE LAS MASCULINIDADES

“Resulta divertido que después de setenta años de psicoanálisis aún no se haya formulado nada sobre lo que es el hombre. Hablo de *vir*, del sexo masculino.”

Lacan, 1968-1969, p. 361

Con el avance del feminismo europeo a partir de los años ochenta, los países anglosajones (EE.UU., Canadá, Australia y el Reino Unido) se vieron interesados en el estudio de las masculinidades, creando lo que se conoce como *Men's studies*. Antes de los estudios de género no se sabía nada de las mujeres (su papel dentro de la economía, la política, las relaciones domésticas, etc.). Tampoco se sabía mucho sobre los hombres y, en general, cuando se hablaba, se habla de “el hombre”, es decir, se tomaba solo el modelo patriarcal moderno y se lo generalizaba. Sin embargo, tal como no existen el psicoanálisis o el feminismo, no existe un solo tipo de masculinidad universal y permanente, sino múltiples, que responden a diferentes contextos sociales, culturales y temporales (Josiles Rubio, 2001).

La masculinidad como concepto es histórica, construida socialmente. Por lo tanto, lo que se conoce como virilidad significa cosas diferentes en diversas épocas, para múltiples personas y culturas (Kimmel, 1997). Por ejemplo, un obrero valora más el trabajo manual que el intelectual y presenta un marcado sexismo, propio de la división de tareas de trabajo, mientras que la masculinidad en la burguesía se expresa bajo parámetros muy distintos: se sobrevalora lo intelectual, el éxito económico y las mujeres son consideradas bajo un trato exquisito. Esto se debe a que la división del trabajo es distinta según se trate de la burguesía o del proletariado. Las ideologías de la virilidad siempre se enlazan a ciertos rasgos de generosidad, dispuesta a llegar hasta el sacrificio. Recordemos que tal generosidad por debajo implica una mostración del poder que se tiene. (Bataille, 1976)

Más allá de las particularidades, los *Men's studies* encuentran que existen ciertos puntos en común: 1) la masculinidad parte de imperativos morales basados en el principio de que los hombres deben ser proveedores, preñadores y protectores, lo cual asume diferentes contenidos y formas según cada cultura; 2) las definiciones de lo masculino tienen un carácter relacional: lo masculino se define por oposición a lo femenino (donde quedan incluidos las mujeres, los homosexuales, las lesbianas y los niños), donde prevalecen los aspectos negativos por sobre los positivos, es decir, los varones aprenden antes lo que no deben hacer y ser que lo que deben ser y hacer: deben convencer al afuera de que no son ni bebés, ni homosexuales, ni mujeres (Badinter, 1992); y esto no ocurre con las mujeres. De hecho, muchas disidencias caen en las mismas formas de ejercicio del poder de la masculinidad hegemónica ligadas a la jerarquía (Josiles Rubio, 2001).

La primacía del código negativo sobre el positivo en la constitución de la masculinidad se manifiesta también en la exigencia a los varones de no mostrar sus emociones: uno de los peores insultos es ser calificados de afeminados o ser comparados por esto con una mujer (“parecés una nena”). Esta primacía del código negativo lleva a una identidad sexual más inestable en los varones, pues cualquier modificación en los modelos de femineidad y en los comportamientos de las mujeres pone en crisis el modelo de masculinidad. Si volvemos a Freud, recordemos que el complejo de castración es central en la constitución de la masculinidad, lo que luego los post freudianos, como Stoller (1974), pensarán como la lucha traumática del varón para no volver con su madre, es decir que el varón trata de separarse de la madre para lograr construir una identidad que la cultura entiende como masculina.

En las sociedades capitalistas modernas, la masculinidad de un hombre está siempre bajo sospecha; siempre puede sufrir una regresión hacia lo femenino, por lo tanto, siempre tiene que estar probándola. (Josiles Rubio, 2001) A esto se refiere Segato cuando afirma que la masculinidad es un título, el varón debe demostrar constantemente que es un hombre.

Para la consecución de la masculinidad suelen abundar situaciones y contextos ligados al deporte, en especial de riesgo, peleas entre banditas, borracheras, fiestas, en donde los jóvenes y adolescentes tienen que demostrar públicamente su virilidad. Estas pruebas son cuasi inexistentes en el caso de las mujeres, aunque la maternidad durante muchos siglos fue el signo que sellaba su condición de mujer.

Para poder entender las diferentes concepciones de masculinidad no alcanza con los estudios de género. Es necesario que estos contemplen las condiciones sociales y económicas en que viven cada grupo de hombres, que no solo se definen en relación con las mujeres o a los niños, sino como se definen en relación con otros hombres y sus condiciones de vida en una sociedad concreta; de esta manera, es esencial considerar que un hombre blanco no es igual a uno negro o marrón, como se los llama. Tal como lo trabaja el investigador brasileño Pedro Ambra (2021), los hombres negros o marrones no se encuentran

incluidos dentro de la categoría de hombre, y a veces ni en la de humanos. Vemos cómo el patriarcado se enlaza al machismo y al racismo, pues también existe una división sexo racial del trabajo.

Es claro, en las sociedades actuales, los varones, en el camino por su título, deben acumular aquellos símbolos que denotan virilidad (musculatura, éxito económico, agresividad, poder, autocontrol, independencia afectiva, entre otros), valores completamente naturalizados y rígidos que parecen brotar de una biología y no de ciertas condiciones sociales que los determinan.

Como puede verse, la masculinidad es un concepto que articula aspectos socio-estructurales y socio-simbólicos. Por lo tanto, exige un estudio de la distribución y el acceso a los recursos (físicos, económicos, simbólicos, políticos), así como también un estudio de las concepciones de mundo, conductas, procesos de individuación y construcción de las identidades.

PEDAGOGÍAS DE LA CRUELDAD Y MANDATO DE MASCULINIDAD

“Un hombre; no dije el hombre. Es gracioso el uso del
significante hombre. Decimos a los muchachos Sé un
hombre, no decimos Sé el hombre, ¿y por qué? Lo curioso
es que Sé una mujer no se diga mucho.”

Lacan, 1971-1972, p. 33.

Un concepto clave para pensar esta época donde la violencia impera es el concepto de *mandato de masculinidad*, de la antropóloga Rita Segato (2018b) que construye a partir de su trabajo en cárceles con presos por violación. Para la autora, la principal víctima del mandato de masculinidad es el hombre; aunque haya muchos más femicidios, aún hay muchos más asesinatos entre hombres. El *mandato de masculinidad* remite a la cofradía masculina, la hermandad fraterna entendida como un pacto que necesita de víctimas sacrificiales. La mujer ahí juega un papel funcional por el lugar en el que es colocada y que, finalmente, ocupa. El conflicto masculino que se produce a partir del avance del capitalismo, donde los varones se ven impotenciados, imposibilitados de ser los proveedores, los preñadores y los protectores, se revierte sobre el cuerpo de las mujeres, ahora vuelto territorio, objeto de titulación, aunque algunas veces los niños y los ancianos van a ese lugar de maltrato. Según Segato (2018b), la dirección que tomó el capitalismo con la acumulación desmedida y la concentración de poder nos condujo a un mundo basado en la *dueñidad*, donde la impunidad, las sentencias escandalosamente pequeñas frente a los delitos como la violación, son mensajes hacia las mujeres, para que no se muevan de donde están, ‘total no vale la pena, el mundo ya está adueñado y no va a cambiar’.

El aumento de las violaciones tiene que ver también con la precarización de la vida. Si hay cada vez más dificultades para exhibir una potencia económica, moral o intelectual, ya que los dueños del mundo son cada vez menos, el hombre vive como una emasculación esta precariedad: no tiene

forma de afirmarse. El mandato de masculinidad dice a los hombres que necesitan apropiarse de algo, ser dueños. La precarización de la posición masculina pone en cuestión su potencia. Y por lo tanto solo queda la violencia –sexual, física, bélica– para restaurarse en la posición masculina. (Segato, 2019)

El pacto masculino tiene ya la estructura lógica del pacto mafioso, del club, de la cofradía, implica el problema de la conflictividad, de la guerra, de la obligación de potencia, de la obligación de dominio: todos mandatos que invisten las masculinidades hegemónicas, eso que llamamos virilidad. Para sostener esas investiduras, esos semblantes de potencia, los varones deben realizar una lista grande de sacrificios (al igual que las mujeres heterocis, que también los deben hacer pero otros); aunque eso no quiere decir que no haya mujeres que transiten bajo estas mismas investiduras sacrificiales y de potencia masculinas (Segato, 2018b).

Una de estas imposiciones es mostrarse indiferente frente al dolor ajeno, algo que muchas veces se repite de igual manera en ciertas clases sociales con mayor poder económico o *estatus social*. Este bajo nivel de empatía es compensado a veces por rasgos de crueldad o de desafiar peligros, aunque los mandatos van cambiando con la historia. El problema es que en la actualidad capitalista la mayor parte de los varones no pueden demostrar ninguna titulación como hombre, y es entonces sobre el cuerpo de las mujeres, niños y ancianos, y a veces el propio, que recae esta titulación.

... el hombre campesino-indígena a lo largo de la historia colonial de nuestro continente, así como el de las masas urbanas de trabajadores bajo la regla del capital, se ven emasculados como efecto de su subordinación a la regla del blanco, el primero, y del patrón, el segundo, y en general, como sabemos, al patrón blanco o blanqueado de nuestras costas. Y es al retornar a su nicho familiar que se redime de esta emasculación, restaurándose en la plataforma de masculinidad mediante la violencia. Ese es su mandato masculino. En el mundo de las grandes urbes, sometido a la explotación anómica del trabajo propia de esta nueva fase del capital, el hombre se transforma en el patrón del hogar, pues llega a su casa contaminado por la regla del patrón, ya que, como sabemos, el hombre es más vulnerable a la regla del poder, porque se percibe escindido entre dos lealtades: su lealtad a su familia, a su comunidad, a su gente, a sus afectos, por un lado, y su lealtad al otro hombre, el que lo domina y oprime, al que va a emular, por efecto de su mandato de masculinidad, que nos acompaña a lo largo del tiempo de la especie, y que debemos insurgir, entre todos, hombres y mujeres, con sus diversidades sexuales, porque a todos nos hace sufrir... yo diría que, en la misma medida, a pesar de diferentes formas. (Segato, 2015)

Esta organización corporativa de la masculinidad conduce a los hombres a la obediencia incondicional hacia sus pares, una lealtad superior que les asegura un lugar de potencia en la sociedad (Segato, 2018a).

El mandato de masculinidad es transmitido vía las *pedagogías de la crueldad*, que se refieren a:

... todos los actos y prácticas que enseñan, habitan y programan a los sujetos a transmutar lo vivo y su vitalidad en cosas. En ese sentido, esta pedagogía enseña algo que va mucho más allá del matar, enseñan a matar de una muerte desritualizada, de una muerte que deja apenas residuos en el lugar del difunto. (Segato, 2018a, p. 11)

Frente al fluir de lo vital, las *pedagogías de la crueldad* instalan la inercia y la esterilidad de la cosa, vuelven al otro una cosa, medible, vendible, comprable. Lo que Marx ubicó como efecto del capitalismo: la subjetivación del objeto, la objetualización del sujeto.

El ataque sexual y la explotación sexuales de las mujeres son hoy actos de rapiña y consumo del cuerpo que constituyen el lenguaje más preciso con que la cosificación de la vida se expresa. Sus deyecciones no van a cementerios, van a basurales.

La repetición de la violencia produce un efecto de normalización de un paisaje de la crueldad y, con esto, promueve en la gente los bajos umbrales de empatía indispensables para la empresa predatoria. La crueldad habitual es directamente proporcional a formas de gozo narcisista y consumista, y al aislamiento de los ciudadanos mediante su desensibilización al sufrimiento de los otros. (Segato, 2018a, p. 11)

Según Esther Díaz (2024), las pedagogías de la crueldad traspasan el mero acto de matar. Son prácticas sociales que van transformando a las personas en cosas, objetualizándolas, didácticas que enseñan a des-ritualizar las muertes que al poder despótico ni le preocupan; más bien, con su despotismo las alientan, a privilegiar el mercado antes que la vida (de los demás y a veces la propia). La explotación de todo tipo: territorial, laboral, ecológica, social y sexual, en especial, son ejemplos y analogías del anhelo extractivista que mueve tanta crueldad. Para Segato, la masculinidad es permeable a la crueldad porque los procesos de subjetivación masculinos la llevan a desarrollar una afinidad entre masculinidad y guerra, entre masculinidad y crueldad, entre masculinidad y distanciamiento, entre masculinidad y baja empatía. Pero no se trata de un cuerpo determinado el que va a tener estas características, sino que un aspecto del sujeto, determinado discursivamente, se encuentra masculinizado, se trata de una subjetividad masculinizada que puede darse en cualquier cuerpo.

Es por esta razón que es central que la cuestión de género no sea simplemente una cuestión de identidad, debe ser considerada como una cuestión incluida en un contexto económico más amplio, no se trata sólo de relaciones entre hombres y mujeres, ni de nominaciones de identidades sexuales y elecciones de objeto, sino del modo en que esas relaciones se producen en un contexto histórico determinado.

Como puede verse, la obra de Segato no solo respeta la diferencia, sino que la piensa, la describe como un entramado de capas donde las instituciones edípicas no se encuentran exentas de formar parte de estas pedagogías de la crueldad. No se trata de odiar a los hombres, sino

de pensar sus modos de hacer y de subjetivarse, solo así podrá revertirse la concentración patriarcal sobre lo Uno y, con esto, la posibilidad de abrirse a la multiplicidad. Recuperar movilidad, perder la fijeza, la rigidez.

‘¿Y ELLOS QUÉ PROBLEMA TIENEN, SI SON LOS QUE TIENEN!’

En una sociedad capitalista, la falta de dinero ocasiona graves problemas; por lo tanto, su carencia suele producir preocupación. La exigencia por parte del sistema de tener dinero conlleva una cantidad de vivencias, exigencias y experiencias que no tratan solo de beneficios. El dinero tiene connotaciones sociales y profundos simbolismos inconscientes que influyen más allá del ámbito económico completo (Coria, 2014).

Las dificultades económicas invaden y afectan áreas que no tendrían por qué estar involucradas, lo cual genera en los varones algunos síntomas particulares: depresión, inseguridad, autodesvaloración, dudas sobre el afecto que los rodea, impotencia sexual.

Por otro lado, muchos varones insisten en que el dinero es un medio para otros fines: desean dinero para disponer de tiempo, y lo que hacen es acopiar dinero gastando todo su tiempo. El juntar dinero parecería una forma de satisfacer algo más que la ambición de poder. Es así que quedan esclavizados bajo este mandato, de modo que tienen siempre que mostrar que tienen dinero, una suerte de potencia inagotable, potencia que se mide en términos de cantidad (Coria, 2014). La potencia económica equivale a la potencia sexual, indicador de masculinidad, esto ya es sabido por Freud. Como si el dinero garantizara el acceso a las mujeres y la reafirmación de la virilidad.

Tenemos que considerar que son los varones los que demandan la prostitución de las mujeres, y eso se debe a una diferencia de poder económico, que también puede ser ejercida por una mujer. La cantidad es el eje que divide poderosos de necesitados, potentes de impotentes. Si la cantidad es importante, el número de erecciones no es menor, porque es potente el que puede más (Coria, 2014), y eso debe demostrarlo: la masculinidad es algo que debe reafirmarse constantemente. Otro aspecto para considerar es la pérdida de juventud, valorada como despotentización del cuerpo, pérdida de potencia que a veces es compensada con el dinero que se posee. El dinero aparece como un indicador de género masculino.

La ideología patriarcal tradicional exige que el hombre tenga la obligación de ser el responsable económico de la familia, su garante; y cualquier desestabilización económica, entonces, pone en duda su masculinidad (Coria, 2014). ¿Se trata del mismo nombre del padre cuando hay hiperinflación?

ACERCA DEL SUICIDIO

Según lo indica la OMS (2016), las tasas de suicidio a nivel mundial han bajado, salvo en América, donde han subido un 17%. Según los datos del 2020, en Argentina se suicidan 8 personas por día. La tasa de suicidios en varones indica una suba en los últimos 15 años. De los 173 países con más suicidios en el mundo, Argentina se ubica en el puesto 66. Es el primero de su región. El 79% de todos los suicidios se produce en países de ingresos bajos y medianos. El suicidio es la tercera causa de muerte para los jóvenes de edades comprendidas entre los 15 y los 19 años.

Si bien es verdad que a nivel mundial la tasa de femicidios y de incesto parece indicar que no es igual “ser varón” que “ser mujer”, lo que no es menos verdad es que la tasa de suicidios en varones jóvenes entre 15 y 27 años es mucho más elevada que en las mujeres, aunque los intentos de suicidio son mayores en ellas (Calvi, 2016). Las estadísticas indican que los varones parecen ser más efectivos en sus métodos: la ingestión de plaguicidas, el ahorcamiento y las armas de fuego son las formas más comunes en todo el mundo.

La OMS sostiene:

Entre los riesgos vinculados a la comunidad figuran las guerras y los desastres, el estrés ocasionado por la aculturación (v. g. entre pueblos indígenas o personas desplazadas), la discriminación, un sentido de aislamiento, el abuso, la violencia y las relaciones conflictivas. Entre los factores de riesgo a nivel individual, cabe mencionar los intentos de suicidio previos, los trastornos mentales, el consumo nocivo de alcohol, las pérdidas financieras, los dolores crónicos severos y los antecedentes familiares de suicidio. (OMS, 2016, p. 10)

Las tasas de suicidio también son elevadas entre los grupos vulnerables y discriminados, como los refugiados y migrantes, los pueblos indígenas, las personas lesbianas, homosexuales, bisexuales, transexuales e intersexuales y los reclusos. El principal factor de riesgo es un intento previo de suicidio (OMS, 2021a).

Según UNICEF (2016, 2017), los y las adolescentes en riesgo de suicidio pueden sufrir vulnerabilidad psicológica o mental, provocada por distintos factores: problemas familiares graves, como situaciones de violencia o agresividad, abuso sexual, problemas en la escuela, tanto en relación con las bajas calificaciones como con el rechazo por parte del grupo de compañeros que, en algunos casos, se convierte en *bullying* o acoso escolar a través de burlas y agresiones. También pueden ser factores de riesgo las dificultades en torno a la identificación sexual y el temor a la reacción de la familia. Y, especialmente, los intentos previos de suicidio.

Quien no pasó por alto el tema del suicidio fue Marx quien en 1846 publica *Acerca del suicidio*, uno de sus textos más antropológicos y clínicos de Marx. Allí aborda dos temas cruciales de la sociedad moderna: el suicidio y la locura como síntomas del capitalismo. En ese temprano texto, Marx anticipa las relaciones de explotación que se

esconden detrás del *modo de producción capitalista*, junto con la idea del cuerpo humano tomado como un *bien* a ser explotado. Este extraño y poco conocido texto de Marx parte de las investigaciones de un policía francés, funcionario de carrera, Jacques Peuchet, que, según el mismo Marx, es de esos funcionarios que saben más qué pasa en concreto en la sociedad que ciertos socialistas atolondrados, como lo referencia Abduca (2011) en la introducción del texto de Marx.

En el libro original de Peuchet, *Memorias* (1838) –traducido y reescrito por Marx bajo el título de *Acerca del suicidio* (Peuchet: “*Sobre el suicidio*”)–, el funcionario francés analiza algunos casos de suicidio con los que trabajó en el París de aquel entonces, ciudad que tanto Marx como Freud conocieron, aunque con algunos años de diferencia. Al comenzar este texto, una primera advertencia que anticipa Marx es creer que los únicos que sufren del sistema son los trabajadores asalariados, “... como si en lo que respecta al resto de la sociedad, el mundo existente fuera el mejor de los mundos posibles” (Marx, 1846 [2011], p. 64). El suicidio se vuelve para Marx uno de los síntomas de la sociedad, el cual ilustra con cinco casos.

El primero se trata de una joven, hija de un sastre, pronta a casarse con un joven carnicero en julio de 1816. El día anterior a que se celebrara la boda, la joven se quedó en la casa de su prometido. Cuando regresó a la casa familiar, sus padres se enfurecieron con ella por considerar que había cometido una deshonra para la familia. No hubo forma de que entraran en razón, continuaban insultándola sin límites, junto con los vecinos, que se sumaron al menosprecio y a la denigración. El sentimiento de vergüenza llevó a la joven a suicidarse arrojándose al Sena, vestida de novia. Comenta Marx:

Las personas más cobardes, las que no son capaces de enfrentar nada, se vuelven implacables ni bien pueden ejercer su autoridad absoluta de jerarquía de edad. El mismo abuso de esta autoridad es una especie de sustituto brutal de toda la sumisión y subordinación a las que ellas mismas se rebajan, les guste o no, en la sociedad burguesa. (Marx, 1846, pp. 75-76)

El segundo caso refiere a una joven mujer muy bella que se casó con un joven hombre burgués. Luego de algún tiempo de amor, el hombre contrajo una extraña enfermedad que deformó la columna, lo hizo envejecer de golpe y cambió su humor. Se volvió celoso y violento, y por bastante tiempo la mujer soportó estos suplicios. Al parecer, “... la misericordia había reemplazado al amor...” (Marx, 1846 [2011], p. 86).

La desgraciada esposa fue así condenada a la esclavitud más intolerable, controlada por el señor M. con la ayuda del *Code Civil* [CC] y el derecho de propiedad. Base de las diferencias sociales que vuelven al amor independiente de los libres sentimientos de los amantes y permitía al marido celoso encerrar a su esposa con los mismos cerrojos con los que el avaro cierra los baúles de su cofre. La mujer es parte del inventario. (Marx, 1846 [2011], p. 83)

Finalmente, la joven se suicidó.

El tercer caso es de un hombre que, al no tener dinero, no logra patentar sus descubrimientos científicos. Se suicidó para evitar las humillaciones y querellas que le harían los acreedores, que le habían prestado el dinero para realizar estas investigaciones. La humillación pública, junto con la falta de dinero, se vuelven un cóctel fatal para este tipo de hombres de ciencia.

El cuarto caso se trata de una joven burguesa, de familia de banqueros, que quedó embarazada producto del abuso de un tío con el que convivía. La joven concurre al médico para realizarse un aborto, sin explicar el contexto en el que se había producido el embarazo. El médico se niega a realizarlo y le sugiere irse a vivir al extranjero. Ella se suicida. El quinto caso refiere a un militar que fue despedido sin muchas explicaciones. Intentó ingresar al mercado laboral, pero le fue imposible. Se suicidó.

Sin dudas, no solo las mujeres son tomadas como objeto de goce por parte del sistema. Las exigencias de poseer dinero y poder resultan una carga para nada menor en los varones, tal como lo expresa Coria, “la exigencia de mostrar siempre una potencia inagotable, potencia que se mide en cantidad. Y así como las mujeres padecen de dependencia, los hombres padecen de no poder sentir y expresar sus fragilidades.” (Coria, 2014, p. 111).

Si bien es verdad que tanto hombres como mujeres padecen del sistema, es importante diferenciar que la masculinidad es un título; la feminidad no, con lo cual hay que “ganárselo”. Las formas de explotación y de disciplinamiento son diversas, discursivas y particulares, no biológicas, y afectan los cuerpos de diferentes formas más allá de la identidad social que asuman. Se trata de posiciones de goce, no de destino biológico.

Para finalizar, no se quisiera omitir un tercer artículo que acompaña este libro de Marx: “El aumento de la demencia en Gran Bretaña”, donde afirma la demencia aumenta al mismo ritmo que el aumento de las exportaciones y ha superado el aumento de la población. Alcanza con ver las calles de Buenos Aires hoy para advertir el aumento de vagabundos, indigentes, linyeras, en su mayoría varones solos, locos. En otros casos, madres con hijos o familias enteras.

El capitalismo se presenta como una versión más de la sustracción originaria, con ciertas características particulares ligadas a las contingencias de la historia, de las culturas y de sus economías. Este acto originario de sustracción tiene como efecto la instalación de una relación asimétrica, por ejemplo, entre los sexos; entre burgueses y proletarios; conquistadores y colonizados; el médico y el enfermo; el sacerdote y el pecador; blancos y marrones/negros.

La visibilización y el análisis no solo de los beneficios, sino de los costos y fragilidades que implican para las masculinidades sostener su título de hombre, nos permiten salir de la disputa entre géneros para pensar los padecimientos generales que producen los sistemas de sexo-género actuales sobre cualquier cuerpo, pues, como sabemos, estos síntomas pueden estar presentes en cualquier sujeto que se ubique en una posición masculina, discursivamente hablando.

ESTRAGO PATERNO

El 97% de los ataques incestuosos a niños/niñas son efectuados por familiares varones. El acto del incesto es una de las formas extremas de la crueldad y de la negación del límite; aunque existen otros actos igual de crueles, con falta de miramientos y de cuidados hacia sus hijos. Por ejemplo, el maltrato físico y verbal de un padre sobre sus hijos varones es de tan alto impacto en la configuración de sus psiquismos como lo es el incesto. Estas formas corresponden a lo que Fernández (2021) llama *estrago paterno*. Estos progenitores son sujetos que se encuentran ante todo en un lugar de impunidad, en ellos ha primado el derecho a gozar del cuerpo del otro sin lograr transformar el empuje de la pulsión hacia la ternura.

Estos padres son amos, dueños que se instalan en un lugar de no límite a su satisfacción. Lo que prima es su derecho o su privilegio de ejercer su violencia, por esta razón no conocen los sentimientos de arrepentimiento o la culpa (Fernández, 2021).

La escena de abuso sexual instaaura una plataforma de extremo abuso y ejercicio del poder; y a medida que sus víctimas crecen, van buscando integrantes más jóvenes. El abuso sexual suele venir acompañado de amedrentamientos, formas extorsivas, intimidatorias, y lo llamativo es que la marca del terror sigue intacta en la adultez de esos niños abusados. Resulta muy difícil que pierdan el miedo a sus abusadores, incluso aunque ya ellos estén muertos (Fernández, 2021).

Existen un montón de otras formas estragantes de violencias cotidianas que se encuentran completamente naturalizadas: ciertas formas de vincularse de algunos varones con sus hijos, modalidades de trato violentas que transgreden, abandonan, someten, subordinan, humillan, injurian, negligencia del pacto-función paterna. No se trata de déficits de narcización, se trata de un narcisismo otro que responde a otra lógica donde lo que se prioriza es el establecimiento de una relación de subordinación. Se trata de una relación padre-Amo, donde la rivalidad cruel prima sobre la tierna, padres que han abdicado de su paternidad, lo que sus hijos traducen como desamor o abandono, como si para esos padres valieran poco. Son padres que no guían ni dan confianza, fallan en la transmisión de alguna legalidad. “Educar a un varón”, para estos progenitores, suele implicar la transmisión de impunidades y privilegios de género (Fernández, 2021).

Los efectos de estos estilos estragantes en varones que han sido fuertemente violentados por sus padres conllevan una sobreadaptación: son niños que no reclaman, se conforman con lo poco que estos padres les brindan. Estos maltratos destruyen las posibilidades adultas de construir buenas competitividades y autonomía frente a otros varones, poder conservar sus logros y no dejárselos arrebatar y tratar amorosamente a su pareja y sus hijos, fragilizan a sus parejas con destratos, tal como ellos han sido destratados por sus padres, con conductas mezquinas y falta de reconocimiento. Es muy común en hijos varones maltratados que su padre permanentemente les haga sentir que no son nada buenos en lo que hacen, establecen comparaciones

donde el padre siempre fue mejor niño que ellos: “Yo a tu edad ya...”. O Incluso algunas modalidades familiares de burla camufladas como humoradas, donde la ingenuidad del niño no le permite advertir la malicia de esa burla. Se trata de crueldades, no de chistes.

En la burla se saca un provecho de cierto lugar de debilidad del otro, ahí radica su goce de más, su *plusvalía*, su *plus de gozar*. (Saubidet, 2022)

En algunos casos parecería que la única forma de generar reconocimiento por parte del padre fuera subordinándose a él, marcar un lugar subalterno. Se lo humilla para gozar de la inferioridad del otro, estrategia clave en varones para asegurar el dominio de uno sobre el otro.

En muchos casos los padres incitan a que sus hijos varones asistan a prostíbulos para iniciarse sexualmente, si no lo hacen son “putitos”, o les cuentan chistes donde todo el tiempo se reafirma la virilidad sexual como atributo esencial para un varón. Esto también puede ser estragante, al igual que los relatos sexuales sin velo.

En el caso de las niñas, muchas veces estos estragos paternos surgen a partir de la preferencia hacia sus hermanos varones, donde las expresiones del padre solo incluyen proyectos de vida para sus hijos varones, los que continúan el legado, los que heredan la empresa, los hobbies del padre, sus deportes favoritos. En algunas casas se arman lógicas del tipo del club de varones como un modo ejercicio de la hegemonía masculina, donde las mujeres son consideradas de menor valor. En algunos casos estos mismos padres no saben qué hacer con una hija mujer, pues las mujeres solo son objeto de deseo (Fernández, 2021). Entonces, para no mirarla incestuosamente, no la mira. Si el padre libidiniza sexualmente la mirada sobre esa hija, la Ley de prohibición del incesto queda cuestionada, lo que tendrá como efecto iguales arrasamientos que si se hubiera cometido un abuso sexual, pero en menor grado, dependiendo de las transgresiones que la impunidad paterna habilite. Gracias a la ley de identidad de género y a la ESI comienzan a llegar a nuestros consultorios pacientes varones homosexuales que comentan estos registros de miradas paternas libidinosas y/o sospechas de homosexualidades encubiertas que los han perturbado desde niños.

Las crueldades e impunidades paternas estragantes no son más que un modo cruel de ejercicio del protagonismo donde el padre no puede dejar de ser el amo, allí se encuentra su plus-de-gozar que Lacan iguala a la plusvalía en el capitalismo. Los estragos maternos, en cambio, se vinculan más a los obstáculos y vacilaciones en mujeres para constituir sus proyectos propios más allá de su maternidad y de ser un “ama de casa” (Fernández, 2021).

CONSECUENCIAS EN VARONES ABUSADOS

La doctora Bettina Calvi, de la Universidad de Rosario, es una de las investigadoras argentinas que se ha dedicado al estudio del abuso sexual infantil y una de las pocas que ha desarrollado la especificidad de género masculino en relación con las consecuencias del incesto.

Es verdad que existe un predominio del abuso sexual

intrafamiliar padecido por mujeres. Sin embargo, hay más casos de varones abusados extrafamiliarmente, con sintomatología similar. Señala Luale (2019) que la invisibilización del abuso sexual en varones se debe más a un imaginario social que considera que los varones estarían preservados de padecer este tipo de situaciones. Sin embargo, aclara Luale, esto no es así, pues existen numerosos casos de varones abusados tanto por parte de padres, madres, hermanos mayores, tíos, tías, abuelos, así como también han sufrido abusos en ámbitos escolares y clubes (Luale, 2019). Es importante considerar esto porque atañe a la diferencia en las educaciones entre chicos y chicas. Las mujeres se quedan más en las casas. Los varones desde chicos frecuentan salidas al exterior en espacios de socialización como el club o la iglesia, lugares en donde suelen presentarse este tipo de abusos.

Siguiendo los trabajos de Gartner, Calvi señala que los niños abusados antes de la pubertad no muestran diferencias con aquellos abusados durante su infancia.

Los jóvenes abusados por hombres no siempre desarrollan rasgos diferentes de los abusados por mujeres. Al mismo tiempo, los varones informan menos los abusos, en parte, porque los varones no experimentan conscientemente estas experiencias como abusivas. Los varones, más que las mujeres, codifican su abuso inicialmente como positivo, intentan sostener que ellos estaban interesados y sentían placer en la actividad sexual: la asimetría de edad es borrada por el placer sentido en el cuerpo y su deseo de exploración sexual, como si no pudieran considerar la relación de poder que allí se juega; como si la sensación de placer corporal alcanzara para justificar el consentimiento. Lo que trae toda una pregunta clínica y ética. Asimismo, el uso de la fuerza o la coerción no se significa distinto que en aquellos abusos en los que se utilizaron conductas “aparentemente afectivas” (Calvi, 2016).

Según Calvi (2016), si el abuso fue cometido por una mujer cercana a la familia, la idea de dominio por sobre la situación de abuso es más probable. Al joven varón le otorga prestigio estar con una mujer mayor y muchas veces intentan camuflar el abuso ubicándose en un rol activo: buscaron tener relaciones.

A pesar de manifestar una diversidad de síntomas relacionados con el abuso, los varones parecen sentirse menos traumatizados, lo que lleva a Calvi a plantearse otra pregunta en relación con las mujeres. ¿Los varones están menos perturbados por el abuso o pueden negar mejor el trauma?

Según Calvi, los varones se vuelven extraños a sus propias vidas emocionales y frecuentemente encauzan sus emociones vulnerables en enojo y en la sexualidad, así como la identidad masculina los lleva a ocupar posiciones de poder y privilegio, lo que también conlleva inconvenientes a la hora de poder expresar sus puntos de vulnerabilidad, pues los ideales masculinos construidos socialmente propician la represión de su vida emocional. Cuando las expectativas respecto al ideal de género no se cumplen, el sujeto es arrojado a una situación de intensa vulnerabilidad y crisis narcisista; por lo tanto, es necesario que se produzca un replanteo de lo que significa “ser hombre”.

Esta anestesia de lo sensible que experimentan los varones, propiciada por la cultura patriarcal capitalista, hace que sea menos probable que busquen terapia por el abuso sexual; y si la buscan lo hacen por problemas que parecerían no tener nada que ver con el abuso.

Tanto los varones como las mujeres se sienten responsables por el abuso, como si fuera algo que se merecían porque eran malos, sucios, que pudieron haber prevenido. Estas argumentaciones permiten no enfrentarse a la ausencia de cuidados por parte de la familia y a la situación de desamparo (Calvi, 2016).

La culpa, la ansiedad, la depresión, la vergüenza y la autoestima baja parecen ser un patrón común entre varones y mujeres abusados, aunque los varones son más activamente autodestructivos. Coincidiendo con las estadísticas, tienen más tendencia al suicidio los varones abusados y suelen exhibir conductas que los ponen en mayor situación de riesgo. Se encuentran en mayor riesgo de padecer depresión, bulimia, desorden de la personalidad antisocial, problemas de conducta y desorden de personalidad fronterizo (Calvi, 2016). Existe mayor posibilidad de que los varones abusados actúen agresivamente en su vida futura que las mujeres.

Es frecuente que estos jóvenes se vuelvan enérgicos trabajadores, así como las mujeres pueden dedicarse a la prostitución (Calvi, 2016). El cuerpo es simplemente un objeto del cual sacar algún provecho económico. Esta parece ser la relación que tienen con su propio cuerpo; es mera mercancía.

Los varones abusados son propensos a tener reacciones psicológicas disfuncionales y fisiológicas de estrés, así como la fantasía de un cuerpo pobre, hipertensión, dolor en el pecho, perturbación en el dormir, brevedad en la respiración, agitación. Cuerpos en constante estado de alerta (Calvi, 2016).

Pueden verse casos de anorexia y bulimia, fluctuaciones llamativas en su peso. Los varones que sufrieron trauma anal son susceptibles de estreñimiento y encopresis, así como es más probable que consuman drogas y alcohol. Esto da cuenta de la marca de la desregulación que se manifiesta en el cuerpo y a veces también en lo económico y en las formas de consumo (Calvi, 2016).

El abuso sexual a menudo precipita una crisis de orientación sexual e identidad de género en varones. Según Calvi, esto se debe a la aparición de sentimientos vergonzosos que los hace sentir menos varoniles debido al abuso. Algunos varones abusados, aun siendo heterosexuales, pueden tener conductas sexuales con otros hombres. Otros adjudican al abuso su elección homosexual, más allá de que el abusador haya sido varón o mujer. Algunos varones se retiran totalmente del contacto sexual, una suerte de fobia a la intimidad sexual. Otros no tienen clara su orientación sexual, incluso no se han desarrollado psicosexualmente, y tanto las relaciones sexuales como su orientación son un problema para ellos.

Los hombres con historias de abuso suelen presentar severos problemas a la hora de relacionarse íntimamente, más allá del sexo del *partenaire*. En muchos casos se asocia la sexualidad al dolor y a la humillación. Tal como Freud

señalaba que en el ataque histérico se actuaban al mismo tiempo dos posiciones, Calvi sostiene que los varones abusados pueden repetir un modelo víctima-victimario en sus relaciones, alternando a menudo entre ser el abusado y el abusador. No se sienten capaces de rechazar propuestas sexuales que no deseen o tomar las precauciones necesarias para cuidarse de enfermedades de transmisión sexual. Esto tiene que ver con la posibilidad de otorgarle al propio cuerpo un valor fálico, tanto varones como mujeres abusados presentan autoestima baja.

Todos estos factores los llevan muchas veces a ser fóbicos a la sexualidad interpersonal, así como no pueden sostener una relación sexual y emocional con alguien durante un tiempo prolongado. Creen que no pueden sostener sus límites interpersonales, temen que los demás vean sus fracasos o vulnerabilidades y puedan abusar de ellos, lo que los conduce al aislamiento y la marginalidad.

Suelen ver la relación con el otro en términos dicotómicos, lo que los lleva a situaciones de forcejeo de poder. Pueden parecer tercos o rígidos y al mismo tiempo suelen ser pasivos y conformistas. A menudo se presentan torpes y cargados de rabia y furia, donde la fantasía de venganza es común (Capacete, 2017).

Suelen presentar conductas compulsivas de autosatisfacción, tendencia al alcoholismo y a las drogas, trabajo compulsivo, sobrealimentación y gastos desmedidos y compulsivos. El sexo compulsivo representa para estos varones un esfuerzo repetitivo de dominio por encima del abuso sexual infantil, aunque suelen interpretarlo como que ellos querían ser abusados, como si ellos lo hubieran merecido. El sexo compulsivo es una manera de reafirmar que no son débiles. Toporosi (2017) sostiene que la compulsión les permitiría no estar en el lugar de la víctima.

Los hombres no pueden visualizarse como víctimas y, como no hay lugar en la cultura para que un hombre sea víctima, se ven como una mujer, se sienten feminizados, pasivizados, cosificados. En muchos casos sienten vergüenza y sensación de haber dejado de pertenecer a la cofradía de los hombres. Esto los lleva a negar el impacto emocional que el abuso pudo haber tenido sobre ellos.

Este trabajo constante de disimular el dolor vivido (renegación, escisión del yo, angustia automática, compulsión y pasaje al acto) muchas veces termina rigidizando las formas masculinas y reforzándolas, en el intento de apegarse a un ideal de masculinidad que garantice su lugar en el conjunto de los hombres, donde el silenciamiento del abuso es la condición necesaria para que opere esa garantía. Al igual que con las mujeres, en los varones abusados el diagnóstico estructural se ve dificultado, pues lo que se encuentra fallado es la condición para el armado de cualquier estructura (Saubidet, 2020).

Por último, los varones sexualmente abusados en su infancia, tanto intrafamiliarmente como por algún agente externo, suelen presentar fantasías sobre el deseo de tener actividad sexual con niños o niñas, aunque la mayoría no se haya vuelto abusador (Calvi, 2016). Temen ser abusadores y evitan situaciones que los pongan en contacto con menores, como si el paso de la escena fantasmática a la real estuviera en un borde muy cercano al acto y la represión

primaria fallara, coincidentemente con lo ya observado en mujeres. Es necesario aclarar, tal como lo trabaja Laura Capacete, que no necesariamente un niño abusado se vuelve abusador, como no todo adulto abusador fue abusado sexualmente, aunque es muy probable que su infancia haya estado marcada por la violencia verbal y física y el desamparo (Capacete, 2017; Toporosi, 2017). En estas infancias no parece haber a su alrededor personas de cuidado, lo que deja al niño en constante peligro. No hay conciencia de los abusos como abusos, como tampoco hay conciencia de que algo puede lastimar al otro, porque no la ha habido en su historia. No se han respetado pactos de convivencia ni ha habido respeto por las intimidades. Esto lleva a todo un gran trabajo de reconocimiento del dolor vivido, la frustración sentida y el odio enfurecido. ¿Cómo ecualizar estas emociones? Todo un desafío. Armar medida. Una buena pista indicada por el Dr. Enrique Stola: en los varones abusados se juega más el sentimiento de injusticia, de traición, el pacto de protección entre varones se ha roto. Sin dudas, ni la violencia que genera la venganza ni el engaño de la sugestión son vías satisfactorias para afrontar la pérdida y lograr subjetivarla. Solo con la mediación de un duelo, la pérdida logra inscribirse en lo simbólico (Sullivan, 2014) y la estructura consigue armarse.

CONCLUSIÓN

Como puede verse a lo largo de este trabajo, el estudio de las masculinidades, bajo un análisis que contemple el complejo entramado de relaciones de poder que determina, sostiene y constituye al capitalismo y su modo, nos permite tomar conciencia de la infinidad de aspectos que concentra el abuso infantil.

Sin dudas, la habilitación a la palabra dada por el *Ni una menos* ha tenido consecuencias también sobre las masculinidades, sin que esto implique necesariamente el prejuicio de su feminización y todo lo que esto conlleva. El camino que queda por delante aun es largo y tedioso, fuertes son sus resistencias, pero aquí estamos, investigando y poniendo en diálogo la interdisciplina, esencial para ampliar nuestros horizontes de intervenciones y abordajes como profesionales de la salud, investigadores y docentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Ambra, P. (2021). *Cartografías da masculinidade*. São Paulo: Cult Editora.
- Azaretto, C., Ros, C., Murillo, M. et al (2018). *Lazos del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Brueghel.
- Azaretto, C. (2022). *Lecturas del psicoanálisis sobre lo social*. Buenos Aires: Brueghel.
- Badinter, E. (1992). *XY, la identidad masculina*. Colombia: Bitral.
- Bataille, G. (1976). *La parte maldita*. Buenos Aires: Las cuarenta, 2009.
- Bourdieu, P. (1991). *Chercheurs de notre temps [Investigadores de nuestro tiempo]*, https://www.youtube.com/watch?v=_BkO_wjL-LM&t=516s. (D. Bollinger, Intervieweur) Francia: CNDP.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Capacete, L. (2012). La renegación materna en el incesto paterno filial. En Gerez Ambartín, M., *Culpa, responsabilidad y castigo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Capacete, L. (2013). Intervenciones ante el incesto. En *Imago Agenda*. Recuperado el 28 de septiembre de 2019 de <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=2090>.
- Capacete, L. (2017). Diagnóstico o estigmatización. En Capacete (comp.). *Jóvenes con conductas sexuales violentas*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Calvi, B. (2016). *Abuso sexual en la infancia. Efectos psíquicos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Calvi, B. (2020). *Los sonidos del silencio en el abuso. Lecturas clínicas con niñas y niños*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Coria, C. (2014). *El sexo oculto del dinero. Formas de dependencia femenina*. Buenos Aires: Paidós.
- Díaz, E. (1993). *La sexualidad y el poder*. Buenos Aires: Prometeo, 2014.
- Díaz, E. (2024). "Lengua de loca. Políticamente perversos". En *Página/12*, <https://www.pagina12.com.ar/720562-politicamente-perversos>.
- Federici, S. (2015a). *Calibán y la bruja, mujeres cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Federici, S. (2015b). Cuentos de Brujas. Entrevista de Verónica Gago en *Lobo Suelto*, en http://anarquiacoronada.blogspot.com/2015/04/entrevista-silvia-federici_64.html.
- Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ferenczi, S. (1932). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. Conferencia, 1932. Inédita. Recuperado el 28 de mayo de 2019 de <http://gruposclinicos.com/confusion-de-lengua-entre-los-adultos-y-el-nino-sandor-ferenczi-presentacion-de-maria-elena-troncoso/2011/06/>.
- Fernández, A. M. (2021). El estrago paterno y otros arrasamientos. En *Psicoanálisis de los lapsos fundacionales a los feminismos del siglo XXI*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández Boccardo, M. (2018). *Masculinidades y mandatos del patriarcado neoliberal*. Rosario: Ediciones Entreideas.
- Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. En S. Freud (2001), *Obras completas*, tomo 9. Trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1939 [1934-38]). Moisés y la religión monoteísta. En *Freud Obras Completas* Tomo 19. Versión López Ballesteros. Buenos Aires: Hyspamérica, 1993.
- Giberti, E. (2014). *Incesto paterno/filial. Una visión desde el género*. Buenos Aires: Noveduc.
- Giberti, E. (2015). *Abuso sexual contra niñas, niños y adolescentes. Un daño horroroso que persiste al interior de las familias*. Buenos Aires: Noveduc, 1ª reimpresión 2016.
- Jociles Rubio, M. J. (2001). El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general. *Gazeta antropológica*, 2001, artículo 27. Nov. 2001.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En Teresa Vladés y José Olavarria (eds). *Masculinidad/es. Poder y crisis. Ediciones de las mujeres*, n.º 24, Isis Internacional Flacso Chile.
- Iuale, M. L. (2019). Incesto perturbaciones del cuerpo y del lazo. En Iuale, Espert y Wansek *La infancia intervenida*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

- Lacan, J. (1968-1969). *Seminario 16. De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lacan, J. (1971-1972). *Seminario 19 ...o peor*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lévi-Strauss, C. (1949) *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Paidós, 1981.
- Marx, K. (1846 [2011]). *Acerca del suicidio*. Buenos Aires: Las cuarenta, 2012.
- OMS (2016) Prevención de la conducta suicida, <https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/31167/9789275319192-spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- OMS (2021a). Suicidio. 19 de junio 2021, <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/suicide>.
- OMS (2021b). Una de cada 100 muertes es por suicidio, 19 de junio 2021 <https://www.who.int/es/news/item/17-06-2021-one-in-100-deaths-is-by-suicide>
- Rozanski, (2003). *Abuso Sexual infantil. ¿Denunciar o silenciar?* Buenos Aires: Ediciones B. Argentina.
- Saubidet, A. (2018). La crítica antropológica al complejo de Edipo, sus aportes en *Premio Facultad de Psicología 2018*. Web Facultad de Psicología UBA, http://www.psi.uba.ar/institucional/premio/2018/trabajos/la_critica_antropologica_al_complejo_de_edipo.pdf.
- Saubidet, A. (2019a). El dominio del bien es el nacimiento del poder. Patriarcado capitalista y psicoanálisis. en *MEMORIAS XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR.* Universidad de Buenos Aires, pp. 793-800, <http://jmemorias.psi.uba.ar/>.
- Saubidet, A. (2019b). Falo, poder y capitalismo. Aportes de Segato, Hérítier y Federici para pensar el psicoanálisis. *Nadie Duerma*, <https://www.nadieduerma.com.ar/edicion-10/falo-poder-y-capitalismo-121.html>.
- Saubidet, A. (2019c). Cuando la mujer se vuelve parte del inventario. *Narraciones*. Año 3/ Diciembre 2019. Centro de Salud Mental nº1. Buenos Aires: Banco provincia, 2019, https://issuu.com/revistanarraciones.centro1/docs/revista_issuu_n5_final_3.2.
- Saubidet, A. (2020). Consecuencias clínicas del incesto en mujeres adultas. En Iuale, M. L., Minaudo, J., Saubidet, A., *Alzar la voz*, Buenos Aires: La docta Ignorancia, 2020, pp. 101-146.
- Saubidet, A. (2021). Una lectura económica del caso Dora: entre Rubin, Lacan, Mauss y Lévi-Strauss. En *MEMORIAS XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXVII Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología XXI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR.* Universidad de Buenos Aires, pp. 747-751-766.
- Saubidet, A. (2022) Lacan traduce a Marx: Sobre el pasaje de la *jouissance* al *plus-de-jouir*. En Azaretto, et al. *Lecturas del psicoanálisis sobre lo social*. Buenos Aires: Brueghel
- Segato, R. (2015). La pedagogía de la crueldad. *Página/12*, 29/05/2015. Buenos Aires, 2015, <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-9737-2015-05-29.html>.
- Segato, R. (2018a). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Segato, R. (2018b). La masculinidad es un título, la feminidad no: Rita Segato. Quito, 17/09/2018.
- Segato, R. (2019). Hay que demostrar a los hombres que expresar la potencia a través de la violencia es una señal de debilidad. *El Salto diario*, <https://www.elsaltodiario.com/feminismos/rita-segato-hay-que-demostrar-hombres-expresar-potencia-violencia-senal-debilidad>.
- Segato, R. (2023). *Escenas de un pensamiento incómodo. Género, violencia y cultura en una óptica Decolonial*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sendón de León, V. (2000). *¿Qué es el feminismo de la diferencia?* Buenos Aires: La mariposa y la iguana, 2012 Tomada el 29/08/2021 de https://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/purificacion_mayobre/feminismo.pdf.
- Stoller, R. (1974). "Facts and fancies: An examination of Freud's concept of bisexuality". En Jean Strouse (comp.). *Woman and Analysis*. New York: Dell.
- Sullivan Everstine, D. (1990). El incesto. *Sistemas Familiares*. Vol. 6 nº 3. Buenos Aires, pp. 69-74.
- Toporosi, S. (2017). Diferencias diagnósticas en adolescentes con conductas sexuales abusivas. En Capacet et al. *Jóvenes con conductas sexuales violentas*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Toporosi, S. (2018). *En carne viva*. Buenos Aires: Editorial Topía.
- Toporosi, S. (2019). La infancia como propiedad 'Con mis hijos no te metas'. *Topía*, agosto, 2019. <https://www.topia.com.ar/articulos/infancia-como-propiedad-mis-hijos-no-te-metas>.
- UNICEF (2016). Abuso sexual contra niños, niñas y adolescentes: una guía para tomar acciones y proteger sus derechos. Nov. 2016 Recuperado el 25 de julio de 2019 [https://www.unicef.org/ecuador/proteccion-AbusoSexual_contra_NNyA-2016_\(1\).pdf](https://www.unicef.org/ecuador/proteccion-AbusoSexual_contra_NNyA-2016_(1).pdf).
- UNICEF (2017). Suicidio. Comunicación. Infancias y adolescencias. <https://www.unicef.org/argentina/media/1536/file/Suicidio.pdf>.
- UNICEF (2020-2021) Violencia contra niños, niñas y adolescentes, nº9 <https://www.unicef.org/argentina/media/12506/file/Factsheet%20Nro.9%20-%20Serie%20Violencia%20contra%20ni%C3%B1os,%20ni%C3%B1as%20y%20adolescentes.pdf>

Fecha de recepción 11 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación 31 de octubre de 2024